

Artículo de investigación

Cómo citar: Ameglio, P. (2019). Paz desobediente: no-cooperación hacia las órdenes inhumanas. *Polisemia*, 14(26), 1-26. <http://dx.doi.org/10.26620/uniminuto.polisemia.14.26.2018.1-26>

ISSN: 1900-4648

eISSN: 2590-8189

Editorial: Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO

Recibido: 26 de mayo de 2018

Aceptado: 04 de junio de 2018

Publicado: 5 de agosto de 2018

Pietro Ameglio Patella

Paz desobediente: no-cooperación hacia las órdenes inhumanas

Disobedient peace: non-cooperation to inhuman orders

Paz desobediente: não cooperação em ordens desumanas

Resumen

Se presenta una práctica teórica en educación formal e informal, y de acción directa en la resistencia civil noviolenta de tres décadas. Es un intento de conceptualizar y sistematizar los procesos de reflexión y acción que nos han permitido –junto a muchos más– construir formas –en diferentes escalas– de “desobediencia debida a las órdenes inhumanas”. Consideramos que este es el concepto y práctica clave para construir algo que denominamos una “Paz desobediente”, en la línea de aportar una nueva conceptualización que complemente las ya muy ricas aportaciones similares en los estudios de paz. La complejidad que conlleva la “desobediencia” en el orden social, nos ha permitido desarrollar una epistemología correspondiente, que aquí compartimos.

Palabras clave: paz desobediente, epistemología de la paz, resistencia civil noviolenta, no-cooperación, órdenes inhumanas.

Abstract

It presents a theoretical practice in formal and informal education, and direct action in the nonviolent civil resistance, of three decades. It is an attempt to conceptualize and systematize the processes of reflection and action that have allowed us - together with many others - to build forms -in different scales- of “disobedience due to inhuman orders”. We consider that this is the key concept and practice to build something we call a “Disobedient Peace”, in the line of providing a new conceptualization that complements the already very rich similar contributions in peace studies. The complexity that “disobedience” entails in the social order, has allowed us to develop a corresponding epistemology, which we share here.

Keywords: Disobedient peace, peace epistemology, nonviolent civil resistance, non-cooperation, inhuman orders.

Pietro Ameglio Patella

Profesor de tiempo completo, Cátedra de “Cultura de Paz y Noviolencia”, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM. Miembro del Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ). México.

serpajc@laneta.apc.org



Resumo

Uma prática teórica em educação formal e informal e ação direta na resistência civil não violenta de três décadas é apresentada. É uma tentativa de conceituar e sistematizar os processos de reflexão e ação que nos permitiram - juntamente com muitos outros - construir formas - em diferentes escalas - de “desobediência devida a ordens desumanas”. Acreditamos que esse é o conceito e a prática-chave para construir algo que chamamos de “paz desobediente”, na linha de fornecer uma nova conceituação que complementa as já muito ricas contribuições semelhantes nos estudos sobre a paz. A complexidade da “desobediência” na ordem social nos permitiu desenvolver uma epistemologia correspondente, que compartilhamos aqui.

Palavras-chave: paz desobediente, epistemologia da paz, resistência civil não-violenta, ordens não-cooperativas, desumanas.

*A Lito Marín,
antes que extraordinario epistemólogo,
un gran ser humano*

Vivir en América Latina, y particularmente en México, en medio de tantas injusticias y violencias sociales, nos ha llevado permanentemente a cuestionarnos acerca de qué quiere decir construir la paz –desde lo individual hasta lo colectivo en sentido masivo, respetando las diferentes identidades e historias culturales–, cómo hacerlo y hasta qué escala esta es posible en el corto y mediano plazo desde la no violencia activa. Comenzamos estas reflexiones desde la pertinencia de usar la palabra “paz” como concepto que englobe lo que la sociedad, en sus grandes mayorías, busca como forma ideal de relaciones sociales, humanas, políticas y productivas, ya que los distintos gobiernos han abusado y manipulado continuamente esta idea, hasta vaciarla casi de contenido o asociarla a formas militarizadas o represivas.

El actual Gobierno mexicano tiene como su primer eje: México en Paz (Gobierno de México, 2012), planteado además como una afirmación de algo que ya existe, mientras cada año, de los últimos diez al menos, se han intensificado los “hechos de guerra” con sus costos humanos. México actualmente es un territorio atravesado –también en todas sus clases sociales– por este tipo de acciones de muy distintas formas y caracterizaciones, pero con el común denominador de la elevada magnitud de los muertos, desaparecidos, desplazados, secuestrados, extorsionados y múltiples crímenes más.

La política oficial impulsa desde un modelo de la “paz armada”¹ que es un gran negocio internacional que ha prevalecido históricamente en nuestra especie, y que implica permanentes formas de militarización de la seguridad pública y de los aparatos de seguridad municipales, estatales y federales, así como tácticas y estrategias de violencia y sin respeto a los derechos humanos para combatir al



delito organizado. Para ello se han *sembrado la inseguridad y el aterrorizamiento social* permanentemente, a partir de la falsa imagen de una “guerra al narco”, que deja de lado los medios, con tal de lograr el gran fin social de este tipo de paz: la “seguridad”. Han logrado sobreponer, subsumir, la idea de paz a la idea de seguridad, que incluso es una categoría y conceptualización que originada desde el ámbito militar.

En realidad, se trata de una guerra intercapitalista trasnacional por el monopolio de una mercancía ilegal y muchos otros delitos, donde en cada banda enfrentada hay identidades sociales similares en cuerpos diferentes: autoridades de todos los niveles, empresarios, fuerzas con armas legales e ilegales, delincuencia organizada y una porción de la sociedad civil empleada por esas fuerzas delictivas (Equipo Bourbaki, 2011). Es entonces un gran negocio, a partir de la expropiación y explotación de los cuerpos y recursos naturales en todos los territorios del país. Una población desorganizada, *cercada, encerrada, aterrorizada* –que no es lo mismo que atemorizada²– *entrega* –aún a costa de ceder derechos que han costado décadas de lograr– fácilmente sus cuerpos y reflexión a la autoridad en “obediencia anticipada a ejercer un castigo cuando una autoridad nos lo demanda” donde “el castigo en realidad encubre a un enfrentamiento y aparece como un acto de justicia” (Marín, 2009; Ameglio, 2002, p. 129), con tal que le garantice condiciones mínimas de sobrevivencia humana, cayendo así en la dramática paradoja en que se pide “paz con seguridad” precisamente a quien siembra y reproduce la “guerra con inseguridad”.

Con la idea de noviolencia, sucede algo similar que con la idea de paz en lo paradójico que hemos señalado, pero es más complejo de abordar. Este término –que indica una forma de vida, lucha, filosofía y espiritualidad– no es fácilmente entendible en México, como hemos experimentado por largos años, y se presta a falsas polémicas, debates y prejuicios. Así ha pasado también en otros países, donde los movimientos sociales han ido caracterizando culturalmente su forma de lucha noviolenta con diferentes nombres: “Fuerza de la verdad” (lucha gandhiana por la independencia de la India); “Fuerza del amor” (lucha por los derechos civiles y políticos de la población afroamericana en EE. UU.); “Poder del pueblo” (lucha en Filipinas por derrocar al dictador Ferdinand Marcos); “Poder de los sin poder” (lucha en Checoslovaquia contra el régimen comunista); “Firmeza permanente” (luchas sociales en Brasil)... En México se usan conceptos como “resistencia civil” o lucha “civil y pacífica”.

En este artículo intentaremos compartir y *pensar en voz alta* algunas reflexiones y experiencias –intentando transformarlas en conocimiento– extraídas de estas

1 Esta categorización pertenece a la idea de “paz negativa”, en el sentido que se “...otorga un papel dinámico e importante a la guerra” (Lederach: 1986, p. 21), y es la que más ha impulsado el gobierno mexicano dando todo el énfasis y poder de la construcción nacional de una paz militarizada a las fuerzas armadas y policiales, ahora incluso con un reconocimiento legal para ello único en la recién aprobada Ley de Seguridad Interior.

2 ...mientras que el miedo es la forma en que la subjetividad organiza las defensas en aras de preservar la autoconservación, el terror sabe a qué le teme, pero no tiene forma de protegerse a lo que le teme” (Bleichmar, 1995).



últimas tres décadas de trabajo individual y colectivo en los campos de la cultura, educación o construcción de paz –que son tres áreas íntimamente relacionadas aunque diferentes de trabajo por la paz según la prioridad del tipo de acciones que se ejerce–, a través de la resistencia civil no violenta.

Compartiremos también parte de la base teórica a partir de la cual hemos construido dichas experiencias, e iremos agregando las nuevas conceptualizaciones teóricas que hemos ido desarrollando. Este último punto es importante pues los autores que compartimos no pensaron gran parte de su teoría en relación a temas de paz y resistencia civil no violenta, y son responsabilidad nuestra esas *adaptaciones*, que esperamos no alteren en su esencia esas investigaciones teóricas de base. Lo que nos parece central de tomar en cuenta es que todo lo que aquí aparece expuesto nace de experiencias prácticas –acciones– concretas y muy reiteradas, no de especulaciones de teoría abstracta, lo que creemos le da cierto valor –y permite ejemplificar continuamente– a esta intención de compartir para pensar en voz alta. Es una reflexión teórica a partir de larga práctica y “experimentación”³ que parte de acciones o experiencias mexicanas en campos de las luchas sociales por los derechos humanos, contra la guerra, por la justicia y la defensa del medio ambiente, así como en el terreno de la educación formal y popular, autónoma. En ellas hemos sido la mayoría de las veces aprendices del pueblo, de los movimientos sociales y de activistas sociales.

Considerando la reflexión como un arma de la lucha social –la primera junto al cuerpo– hemos ido llegando a la conclusión, desde una mirada de epistemología de la paz y la no violencia, que el eje conductor para construir o educar para la paz desde la no violencia, al menos en la humildad de nuestras experiencias, es la construcción de un conocimiento y de una moral y acción de la “desobediencia debida a las órdenes inhumanas”⁴, a lo que llamaremos –inicialmente y como propuesta para una discusión colectiva que permita complementar en algo las muy ricas conceptualizaciones del tema– una “paz desobediente”: “Desobedecer a una orden de inhumanidad, es decir, que ejerce daño al otro y a sí mismo, es un arma moral y constituye el mayor desafío de una acción no violenta” (Fracchia, 2014, p. 11).

3 Siempre nos ha servido de guía en la vida el título de la *Autobiografía de Gandhi* –libro fundamental de leer, al igual que la *Autobiografía de Mandela*, para entender la construcción de una identidad social y la propia–: “Mis experiencias con la verdad” (algunos lo han traducido también como “experimentos”). Creemos que enfocar las acciones de paz y no violencia desde la lógica de un “experimento” ayuda mucho a construir, sin temor a equivocarse (“periférico”).

4 Esta consigna fue acuñada inicialmente por el Dr. Juan Carlos Marín, notable epistemólogo y activista social argentino (Marín, 1995, pp. 25-26), y retomada en la Declaración Final del XXII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), celebrado en Concepción, Chile, en octubre de 1999, retomó este principio: “...expresamos por unanimidad que, en el ejercicio ético de nuestra profesión, los científicos sociales no pueden limitarse a la realización de un diagnóstico de sus sociedades, sin conocer y enfrentar las múltiples dimensiones en que se ejerce de manera inhumana y arbitraria el monopolio legal de la violencia en nuestro continente. Postulamos así la urgencia de colaborar en la construcción de un juicio moral que haga posible la ruptura con las formas de obediencia acrítica a la autoridad, haciendo observable y promoviendo la desobediencia de vida a toda orden de inhumanidad”.



La pregunta que sigue es: *¿cómo construir ese conocimiento humanizante de paz desobediente y noviolenta, y desde qué lógica del pensamiento y de la acción operar?*

Epistemología de la paz desobediente

Nos parece importante precisar que cuando hablamos de paz lo hacemos inicialmente desde una perspectiva de lo que Braudel llamaría la “historia de larga duración”, en el sentido de que aquella se constituye en procesos sociales de “humanización de la especie”. Bien apuntaba Konrad Lorenz que la actual especie humana es todavía el “eslabón perdido” (1994). En lo biológico sí podríamos definirnos como una especie bastante acabada y evolucionada desde hace cientos de miles de años, pero en lo cultural somos, nos parece, aún más un *deseo* que una realidad: 2 de 5 personas no saben si comerán mañana, hay genocidios – la acción más inhumana de la especie– televisados en todos los continentes... Por tanto, el ser “plenamente humanos” es todavía un “punto de llegada” y no de “partida” como supondríamos. “Para el conjunto de los seres humanos, no está claro que constituye una especie, por eso todavía sigue habiendo grandes matanzas, y una relación de organización social de la búsqueda del alimento tremendamente injusta, lo cual significa que aún no estamos en una etapa en la que cualquier ser humano es un ser humano para otro ser humano” (Marín, 2014, pp. 45-46).

Así, la paz es todavía una realidad lejana para una gran porción de nuestra especie, y es en esta lucha de larga duración histórica donde también nos insertamos todas y todos los que intentamos construir un mundo más justo y humano. Esta perspectiva ayuda también a tomar conciencia de nuestro trabajo en un sentido más amplio, porque nos obliga de inicio a distinguir con claridad y objetividad los “puntos de partida” y los “puntos de llegada” en nuestros propios procesos y en las luchas sociales, culturales y educativas en que estamos involucrados. Sobreponer, invertir o confundir estos puntos es causa permanente de muchas frustraciones y desánimos, o erróneas evaluaciones de las acciones al perder de vista los procesos y las escalas.

Por otro lado, como bien decía Gandhi: “No podemos esperar 30 años a que el adversario cambie, y por eso recurrimos a la acción directa noviolenta”.

Asimismo, a partir de la segunda mitad del siglo XX afortunadamente se han desarrollado mucho los “estudios de paz”, ligados también a los de la violencia, pues son realidades inescindibles, sistémicas y entrelazadas de manera compleja, por lo que hay que saber tanto de una como de la otra. Se han explorado, desde muchas culturas y experiencias, una multiplicidad de enfoques sobre la paz: la paz como “positiva” y “negativa” de Johan Galtung y John Paul Lederach, como “imperfecta” de Francisco Muñoz, como “neutra” de Francisco Jiménez, como “intercultural” de Raimon Pannikar, como “*lekil kuxlejal*-buen vivir” de los pueblos mayas tseltales de Chiapas, como “transpersonal” de Wolfgang Dietrich, como “ser paz” de Thich Nhat Hanh, como “holística” de Carlos Martínez, como “engendrada” de Úrsula Oswald, como “estructural” de la Cepal o “sustentable”.



Uniendo las ideas de paz con las de noviolencia⁵, hemos podido observar en estos años desde el plano de la construcción de una reflexión y acción que “opere” realmente en situaciones y acciones –individuales y colectivas– de “cambio social”, algunos principios –a construir desde ejes epistémicos centrales que iremos compartiendo– que creemos sintetizan parte de lo esencial de esta cultura y práctica:

- 1- Hay que lograr construir un “pensamiento original” (Fromm, 2006, pp. 231-245) –una de las tareas más difíciles–, desde la autonomía personal y colectiva, capaz de “desobedecer toda orden inhumana”.
- 2- Hay que buscar la “humanización del otro/a y del adversario”, que consiste en intentar conocer lo más profunda y complejamente posible el proceso constituyente de su identidad e intereses, “desarmar” su principio de realidad que consideramos deshumanizante, con reflexión y no con prejuicios, estigmas o acciones que busquen destruirlo; el conocimiento de la historia resulta central en este aspecto.
- 3- Hay que priorizar la “búsqueda de la verdad”, con “v” minúscula como decía Gandhi, pero con parámetros claros de “ausencia de injusticia” más que de “ausencia de conflicto”, buscar el bien y la reparación para las víctimas, con apertura a las diferencias.
- 4- No promover con nuestras reflexiones, palabras o acciones la intensificación de la “espiral de violencia”, buscando desprocesarla y hacerla retroceder lo más posible a niveles de diálogo y negociación.
- 5- Cuidar la coherencia en la relación entre el fin y los medios: el orden social está profundamente construido –en prácticamente todos sus aspectos– desde el principio que tan bien enunció Maquiavelo: “el fin justifica los medios”. Gandhi decía al respecto: “los medios son como la semilla y el fin como el árbol... (entre ambos) hay una relación inescindible, de una semilla podrida no puede nacer un buen árbol” (Gandhi, 1985, p. 114).

Partir desde un “principio de realidad”

El eje epistémico que une estos cinco principios centrales en el trabajo por una paz desobediente desde la noviolencia, y que es desde donde siempre hemos iniciado por años el trabajo reflexivo y las acciones, es la construcción de un “principio de realidad”⁶, lo más objetivo y empírico posible. Para enfrentar un

5 Claramente la noviolencia no es la única forma de construir la paz, respetamos y hemos sido solidarias con otras muchas, pero creemos que esta cultura es una milenaria tradición que ha colaborado en el largo proceso de humanización de nuestra especie, aunque, reiteramos, es fundamental distinguir en sus principios los “puntos de llegada” de los de “partida”, para evitar prejuicios, estigmas o “derrotas anticipadas”.

6 El concepto lo adaptó Juan Carlos Marín a la sociología, retomándolo de Freud, y otras personas lo hemos ido aplicando y enriqueciendo con nuevas experiencias y conceptualizaciones, en este caso, por ejemplo, en relación a la cultura de paz, la educación y la resistencia civil.



hecho o actor social –en forma de obediencia o desobediencia– es necesario conocerlo en su sentido de complejidad, por ello la etapa inicial es la construcción de un conocimiento adecuado. Si este primer acercamiento a los observables del hecho social que nos atraviesa, no parte de alguna forma de “registro” empírico, con reflejo en hechos reales, todo el proceso de acciones y reflexiones que va a seguir estará probablemente fundamentado en un “empirismo lógico”, donde la realidad viene descrita más por la “relación entre discursos sobre esa realidad”⁷ que por el registro de hechos objetivos, lo que hace que la realidad se ancle más en el terreno de lo fantasioso y lo deseable, que en su base real material. Repetidamente hemos observado esto en las luchas sociales y en la construcción de paz –individual y colectiva–, lo que conlleva acciones que no responden directamente al conflicto abordado, y por tanto no lo transforman, incluso a veces lo pueden agravar hacia la violencia.

El orden social coloca –imperceptiblemente– la “trampa epistémica” de que su principio de realidad –casi fatalísticamente– es el único válido y posible porque no es “utópico”, y así instala permanentemente una cultura dominante y hegemónica –transferida muchas veces por una visión reificada de la historia y el futuro–, a través de un sinnúmero de pre-juicios y estigmas sociales –que esconden múltiples formas de enfrentamiento y disciplinamiento social–, reproducidos por los medios, reglamentos y leyes, púlpitos, órdenes de todo tipo en instituciones, escuelas y familias. No podrán existir acciones por la paz sin enfrentar al orden social en sus grados de “normalización” de su principio de realidad, por eso hay que conocer los mecanismos de construcción y reproducción del orden social en la doble lectura, desde la historia y el registro de la coyuntura.

En este sentido, nos parece central distinguir entre “información” y “conocimiento”: la construcción del segundo nos conduce a la reflexión, mientras la información por sí sola no lo logra, ésta debe ser transformada en conocimiento –algo que nada de sencillo tiene– registrándose en alguna forma de “dato”, como unidad epistémica fundamental en el campo del pensamiento⁸, que analizado –medido y comparado– constituya algún tipo de conocimiento, que pueda “instalarse” en la identidad de quien lo construye o recibe. Asimismo, es importante tomar conciencia de que se puede tener cierto grado de conocimiento de un hecho social pero no necesariamente este se traslada

7 Lo importante es la lógica dentro y fuera de los discursos, no el correlato empírico-experimental desde algún tipo de registro objetivado de esa realidad material. El poder construye “discursos sobre la realidad” permanentemente y “operan” sobre los cuerpos con una enorme fuerza como si fueran “verdad” o “reales”, porque quien los acepta no “observa” la realidad, sino a quien emite el discurso, hacia quien ha sido construido en obediencia por el “principio de autoridad”.

8 “...la discusión y la reflexión, es decir, la cooperación en el campo del pensamiento, superan cada vez más la afirmación sin pruebas y el egocentrismo intelectual” (Piaget, 1985:37). La “prueba” o “datos” es lo que permite realmente co-operar, o sea realmente “operar” en lo intelectual y epistémico con los otros.

9 La “instalación” del conocimiento es uno de los artes más complejos, inobservables y normalizados en la labor epistémica, en cambio es una tarea central para cualquier proceso de construcción de paz y autonomía.



a una reflexión adecuada. Finalmente, se puede también tener una reflexión aguda y compleja, pero no necesariamente construir una acción acorde con esa identidad moral que se está transformando. O sea, el paso de la información al conocimiento, del conocimiento a la reflexión, y de la reflexión a la acción no son operaciones mecánicas, sino un “arte epistémico”, que parte del principio de que, a mayor conocimiento, reflexión y acciones correspondientes, aumenta la identidad moral individual y social. Así la construcción del “juicio moral”, según Piaget (1985) y Marín (1995), es mucho más una tarea en el campo epistémico que en el intelectual, aunque ambos se retroalimenten. De ahí que para incidir en el orden social y en las identidades individuales, la mayor tarea educativa está en construir un conocimiento lo más cercano posible a lo real, y desde él crear nuevas conceptualizaciones que permitan aumentar la reflexión y la acción.

“Toma de conciencia” de los conceptos y procesos

La epistemología de la paz desobediente que compartimos, enfocada en la construcción de identidades autónomas, parte –además de un principio de realidad– también de una “toma de conciencia”: “...un esquema de acción transforma a esta en un concepto, esa toma de conciencia consiste esencialmente en una conceptualización” (Piaget, 1976, p. 254). En este sentido, se hace indispensable que la conceptualización sea compleja y transdisciplinaria, pues debe permitir pasar de menos a más conocimiento acerca de hechos sociales que atraviesan simultánea y paralelamente varios aspectos de cada identidad humana como partes de un proceso social, a la vez que reproducen el orden social.

La toma de conciencia –centrada en su “relación con”, no en una abstracción genérica– irá avanzando, en cada identidad social, a partir de nuevas conceptualizaciones que permitan ir descubriendo nuevos “observables”, “inobservados” e “inobservables” sociales¹⁰ que ayuden a conocer más y con mayor profundidad el hecho social, y su imprescindible contextualización en ese orden social estudiado; conocer de manera compleja es entonces acercarse a un hecho o a una identidad social sucesivamente con más conceptos y “miradas epistémicas”.

Consideramos central dentro de la construcción epistémica para la paz y la acción noviolenta –estratégica y táctica– enfatizar este aspecto de los observables, inobservados e inobservables sociales en sus diferentes dimensiones, que podríamos asociar respectivamente a las áreas identitarias intelectual, epistémica y moral, en ese orden secuencial ascendente de profundización. Recurriendo a una forma más gráfica de explicación, podríamos comparar este proceso epistémico a una flor: los “observables” serían la flor que se ve sobre la tierra, los “inobservados” serían la raíz y los “inobservables” el humus que está

10 Los “observables sociales”, según J. C. Marín, son atributos y características de los hechos y actores sociales que pueden observarse a primera vista; los “inobservables” pueden ser observados con el agregado de alguna teoría o conceptualización adecuada; en cambio los “inobservables” no pueden ser observados en forma directa, y es necesario aplicarles instrumentos de observación indirecta que permitan hacerlos aflorar: un ejemplo podría ser el “miedo”, que para ser observado es necesario preguntar a la persona acerca de ciertas conductas o prácticas.



debajo de la raíz. La flor no se puede explicar por sí misma, tampoco es suficiente con agregarle la raíz pues sin el humus que la rodea no crece. Así, en parte es una epistemología –del pensamiento complejo y autónomo– que busca ir más allá de la flor, de la punta del iceberg –como diría Galtung en su definición de “violencia directa”–, para explorar lo que permite a esa dinámica emerger, para construir una reflexión y acción que permitan incidir un poco más en cambios reales hacia los procesos de paz, no violencia, autonomía y humanización. En el fondo, es también una forma más real de trabajar en la construcción de la “esperanza” y no sobre la “ilusión” de la realidad, que tanto daño hace a los procesos culturales-educativos y luchas sociales.

Este proceso de toma de conciencia, irá construyendo en la persona “principios de rupturas¹¹” en el terreno intelectual, epistémico y moral, mismas que podrían –no en automático– ir conduciendo a nuevas acciones, en el plano individual y social. Esas rupturas, ocasionadas por la progresiva toma de conciencia de algo en particular como “reacomodación” de un conocimiento anterior (erróneo o perjudicado) hacia una nueva conceptualización –por evidencia empírica– que permita corregir ese “periférico” que genera ignorancia, para Piaget (1976) son “factores de desadaptación que (...) ocasionarán la toma de conciencia, mientras que ésta continuará siendo inútil cuando el funcionamiento (...) se adaptase normalmente” (p. 255). La epistemología de la paz desobediente, entonces, enfrenta los procesos constitutivos de las acciones –o creencias– desde el “cómo” antes del “porqué”, conocedora que la experiencia histórica del conocimiento en nuestra especie nos indica que la forma más adecuada para dejar de padecer algo o potenciarlo, no es a través del voluntarismo o la transferencia catequética-dogmática-absoluta de información, sino a través de mayor conocimiento y reflexión.

Finalmente, algo central en todos los órdenes de nuestra vida es que la toma de conciencia “va de la periferia al centro”, donde los dos “observables periféricos” iniciales son “la conciencia del objetivo a alcanzar” y “la toma de conciencia de su terminación en éxito o fracaso” (Piaget, 1976, p. 256). Así opera en un altísimo porcentaje la cultura en que vivimos, donde evalúa y juzga a las personas y los hechos sociales sobre todo a partir de su periférico más externo: el resultado final, sin considerar el proceso de constitución del hecho que se enfrenta.

11 La “ruptura” es una categoría epistémica y moral fundamental a construir permanentemente en nosotros mismos y los otros –individual y colectivamente–, indispensable para poner en duda un conocimiento previo y construir uno nuevo acerca de un determinado hecho social, a partir de un aumento en la toma de conciencia. Este texto se basa, en mucho, en cómo hemos podido *avanzar* en este eje epistémico, desde la teoría –adquirida y construida– y experiencias-experimentos donde participamos. Retomando a Fracchia (2018), vemos cómo para Bachelard la ruptura científica es la que “contradice a la experiencia común”, donde, para Bourdieu, “la familiaridad con el universo social constituye el obstáculo epistemológico por excelencia”. O sea, para la existencia de una ruptura es necesario poner en duda la normalización de una gran cantidad de conocimiento derivado de la “experiencia común”, que, como veremos, en realidad es la instalación de una parte de la heteronomía dominante en el orden social, a partir de algún “principio de autoridad”. Así, donde hay un conocimiento catequético, voluntarístico y de valores absolutos, no pueden existir “fisuras” o rupturas autónomas. La ruptura es entonces un prerrequisito (fin a sí mismo también) para la construcción de acciones de desobediencia, pues se trata de una “apertura a lo nuevo”.



De ahí que un enfoque complejo de las áreas de paz que antes mencionamos, apunta a construir una mayor conceptualización de los procesos de cambio social, y no solo a “cambiar las acciones finales”, aunque fueran positivas como consecuencia de un mayor “disciplinamiento” y “obediencia anticipada a la autoridad”. Buscamos entonces la construcción de sujetos y formas de desobediencia autónomos y reflexivos –no cualquier forma de desobediencia por sí misma– y no “desobedientes obedientes”, aunque el periférico nos parezca justo y legítimo. Por ello, hay que construir conocimiento y acciones que apunten no a la periferia del problema sino a desentrañar su proceso constituyente, de ahí que la toma de conciencia “...se orienta hacia las regiones centrales de la acción cuando trata de alcanzar el mecanismo interno de esta: reconocimiento de los medios empleados, razones de su elección o de su modificación durante el ejercicio, etc.” (Piaget, 1976, p. 256).

Del “infantilismo social” a la “co-operación”

Otro punto central a compartir, que permanentemente hemos observado en esta epistemología de la paz desobediente que proponemos, tiene que ver con que lo que hay que desentrañar en los actores y acciones de la violencia o la no violencia: su “lógica y construcción del pensamiento”, pues de ella se derivan la identidad moral y las acciones correspondientes. Esto ayuda a hacer observable lo injusto o inhumano ante todo como un proceso de “ignorancia”¹² y no de “maldad (casi) intrínseca”, y así tratar de luchar por cambiar y no destruir lo que enfrentamos. Por ello insistimos en el enfoque epistémico, y no solo en aumentar la información y el disciplinamiento hacia determinados valores catequético-voluntarísticos-absolutos o líderes *buenos*. En ese sentido, el mismo Piaget (1985) propone, a partir del estudio del “criterio moral” en los niños –en cuanto a la práctica y conciencia de las reglas en el juego–, pero refiriéndose también a los adultos¹³, que el estadio moral superior es la “co-operación” (pp.36-90), caracterizada por dos aspectos centrales a impulsar: el “principio de igualdad” y el “respeto mutuo”, ambos nacidos del consenso entre iguales y no de la asimetría de poder respecto a la autoridad (“adulto mayor”). Esa es la gran tarea inicial de cualquier cambio sustantivo en la cultura de paz que lleve a “desobedecer órdenes inhumanas” con reflexión y autonomía.

Se hace necesario partir de una toma de conciencia básica: el orden social está especializado en la construcción masiva de un “estadio egocéntrico” (Piaget, 1985, pp. 26-33): poder y legalidad jerárquicos, sacralizados y nacidos “fuera del tiempo histórico-sin origen humano”, unidireccional, de “respeto unilateral”, de “asimetría de poder”, y cualquier intento de “igualación de poder” o “respeto mutuo”, lo inhibirá, castigará o aniquilará, en el terreno que sea. Estos esfuerzos

12 La “ignorancia” –entre las principales causas de la violencia– está asociada la falta de conocimiento de un hecho o de una característica de alguna identidad social, y no se asocia en nada a la inteligencia o a la identidad intelectual. Se combate construyendo e instalando más conocimiento.

13 “En el niño se encuentra ya todo el adulto, todo el niño está todavía en el adulto” (Piaget, 1985, p. 70).



–inconmensurables, milenarios– en el sentido de su construcción lógica epistémica y moral, realizados desde todos los campos y formas del orden social (instituciones jerárquicas autoritarias de todo tipo, medios de comunicación en obediencia ciega al poder, siembra del miedo y terror, escolarización sin educación, disciplinamiento corporal¹⁴ antes que disciplina, autoritarismo sin autoridad...) son lo que proponemos denominar “infantilismo o infantilización social”, que no tiene ninguna connotación negativa hacia lo “infantil”, al contrario, sino que señala cómo en la forma de la “lógica del pensamiento” sufrimos una gran regresión adulta en comparación al proceso evolutivo del niño¹⁵. No se trata de algo “natural”, al contrario es una sofisticadísima construcción de todo el aparato que regula el orden social: es el esfuerzo de los mecanismos y poderes del orden social que obstaculizan –conscientemente y no– cualquier intento –en el grado que sea– de que cuerpos –individuales y sociales– puedan pasar del estadio del “egocentrismo” al de la “co-operación”, único modo desde el cual se puede desobedecer autónomamente las órdenes inhumanas. El orden social trata que impere el “principio de autoridad” frente al “principio del consenso entre iguales”, construido desde la “sumisión”, la “sacralidad mística”, la “atemporalidad”.

Para que la autonomía suceda a la heteronomía, y la autoridad y leyes pierdan su carácter sagrado, siendo fruto de procesos de consenso, es central tomar en cuenta que “la cooperación entre iguales...hará desaparecer la mística de la autoridad” (Piaget, 1985, pp. 51-53). Por ello, la construcción de la desobediencia ante las órdenes inhumanas, debe generar “procesos de igualación social” y autonomía, para que un sujeto o un movimiento social se sientan capaces de desafiar y enfrentar a la autoridad.

El otro proceso que debe construirse, para romper la “asimetría de poder” y el “respeto unilateral”, es el de la toma de conciencia del propio poder y su relación con el del adversario. Gandhi y la teoría de la resistencia civil ven la co-operación desde la relación de cada uno con el poder, partiendo del hecho que la reproducción social de la injusticia se da por la cooperación –voluntaria o no– con sujetos o acciones que la construyen y capitalizan.

Señalaba bien Gandhi en su “Programa Constructivo de la India” cómo:

Esta forma de lucha no violenta, y construcción de paz, parte del principio que todos y todas tenemos algún tipo de poder que podemos ejercer contra situaciones de injusticia o inhumanidad, reflexionadas desde nuestro pensamiento autónomo que determina nuestra identidad moral, y que si no ejercemos ese poder la inhumanidad

14 Foucault describe bien el efecto en el cuerpo de la mal llamada disciplina, justamente como formas de disciplinamiento: “...tanto más obediente cuanto más útil (...) La disciplina fabrica así cuerpos sometidos y ejercitados, cuerpos ‘dóciles’. La disciplina aumenta las fuerzas del cuerpo (en términos de utilidad económica) y disminuye esas mismas fuerzas (en términos de obediencia política)” (Foucault, 1976, p. 160). Antón y Damiano complementan muy bien: “Aparece así como ‘blanco’ del poder: corregir un cuerpo para obtener individuos más dóciles y útiles, imposibilitados de reflexionar acerca de sus propias acciones” (Antón et al., 2010, p. 24).

15 “¿Cómo es posible que la práctica de la democracia esté tan avanzada en el juego de canicas de los muchachos de 11 a 13 años, mientras que es tan poco familiar al adulto, en muchos terrenos?” (Piaget, 1985, p. 62).



se reproduce, y si desobedecemos entonces nos humanizamos a nosotros mismos, a muchos más que sufren las consecuencias de esa orden y al orden social en su largo proceso histórico. Nosotros hemos estado acostumbrados por mucho tiempo a pensar que el poder viniese sólo de las asambleas legislativas. Yo he considerado esta creencia un grave error causado por la inercia o por una especie de hipnotismo. Un estudio superficial de la historia inglesa nos ha hecho pensar que todo el poder llega al pueblo por los parlamentos. La verdad radica en que el poder está en la gente y es confiado momentáneamente a quienes ella puede elegir como representantes propios. Los parlamentos no tienen poder y ni siquiera existencia independientemente del pueblo (...) la Desobediencia Civil es el depósito del poder. (Ameglio, 2002, pp. 305-306).

O sea, que la lógica del pensamiento de “co-operación” es una acción que otorga poder a quien la aplica, porque pone en acción el grado de poder que posee realmente, pero que el orden social le hace inobservable y expropia a partir del valor social de obedecer a la autoridad.

Desobediencia debida a las órdenes inhumanas

Indignación ante lo inhumano

Tomando en cuenta los ejes anteriormente planteados respecto al orden social y su principio de realidad impuesto, la autoridad y su jerarquización sacralizada, el poder y su ejercicio de respeto unilateral, la toma de conciencia y su énfasis en los resultados periféricos, consideramos que la paz desobediente que necesitamos construir –no solo por nuestra actual guerra en México que la hace indispensable–, y que muchos grupos y personas llaman nacional y mundialmente “con justicia y dignidad”, tiene en su epistemología básica, como afirmábamos al inicio, la característica de construir individual y colectivamente la “desobediencia debida a toda orden inhumana”.

¿Desobediente a qué? A la inhumanidad del orden social, en cuanto acciones, reflexiones, valores, leyes, reglamentaciones y órdenes.

Profundizando en esta definición de la epistemología de una paz desobediente y la no-violencia, hay varios elementos y operadores distintos que conviene ir conceptualizando: inhumano-orden-deber-desobediencia.

El orden social que nos atraviesa es una máquina de construir órdenes y procesos de inhumanidad, injusticia o violencia social –así como también de humanización–, normalizados a partir de “es por tu bien”, “siempre ha sido así”, “todos lo hacen”... donde la violencia, el abuso de poder, el despojo o negación de la propia identidad o recursos, la exclusión de enormes porciones de la humanidad, el castigo desproporcionado y sin relación con la falta, son los operadores que expropian la plena humanidad a otros y otras, en nombre de la heteronomía dominante del “orden”, y muchas veces también de la paz.

Harold Laski (2011) señala que: “La civilización consiste, ante todo, en una falta de disposición a infligir sufrimientos innecesarios (...) Deber nuestro es, si deseamos vivir una vida no desprovista totalmente de sentido y significado, no



aceptar cosa alguna que se halle en contradicción con nuestra experiencia básica por el mero hecho de que se nos venga por tradición, convención o autoridad” (pp. 1-10). Enfrentar esta inhumanidad o desprocesar la que hay en nosotros exige, primero, conocerla y hacerla observable, por eso el grado y las acciones de inhumanidad que uno observa y enfrenta depende del grado de conocimiento y consiguiente toma de conciencia que tenga del orden social.

Existe asimismo una relación entre la instalación de lo inhumano y el aterrorizamiento: “El primer principio de humanización (es) empezar a desprocesar ese mecanismo de aterrorizamiento con que ha sido instalado el principio de autoridad, no porque toda autoridad aterrorice, sino porque el mecanismo de la orden (inhumana) está instalado con esa fuerza” (Marín, 2014, pp. 42). Hay que conocer ese mecanismo (principio de autoridad-castigo-terror) cómo se instala, para comenzar a desobedecer. Sin embargo, se puede tener conocimiento de ciertas órdenes inhumanas pero no necesariamente poderlas enfrentar, son dos acciones y epistemologías distintas.

A su vez, para avanzar hacia la desobediencia de las órdenes inhumanas, es central construir no solo un conocimiento de lo inhumano en el orden social, sino la capacidad de “indignación” (Hessel, 2010), “rabia”, enojo”, “rebeldía”, hacia ese hecho social. Decía bien Hannah Arendt (2005), que: “...el más claro signo de deshumanización no es la rabia ni la violencia sino la evidente ausencia de ambas. La rabia no es en absoluto una reacción ante la miseria y el sufrimiento como tales; nadie reacciona con rabia ante una enfermedad incurable, ante un terremoto o, por lo que nos concierne, ante condiciones sociales que parecen incambiables. La rabia brota allí donde existen razones para sospechar que podrían modificarse esas condiciones y no se modifican” (pp. 85). La indignación o rabia, entonces, son una construcción compleja a partir de experiencias transformadas en conocimiento, toma de conciencia y rupturas, no son algo mecánico que brota del conocimiento, necesitan un tipo de reflexión particular a construir para que esa paz se transforme en desobediente.

La orden y el deber de obedecerla

Por otro lado, la(s) “orden(es)” y el “castigo¹⁶” –desde la amenaza– son los grandes operadores del orden social para la obediencia a la autoridad, por tanto debemos hacer lo más observables posibles en nosotros el conjunto de órdenes que hemos normalizado y obedecemos, y decidir cuáles nos van deshumanizando y deshumanizan a otros también alrededor, con o sin conciencia, para desobedecerlas. Muchas entran por la ignorancia, otras por el afecto o por terror al castigo, en sus infinitas formas sociales.

Resulta central entonces captar esta “unidad epistémica” que tanto opera en nosotros. La orden está asociada a la heteronomía, a lo impuesto desde fuera, y

16 “Todo el orden social (está construido) como afirma Juan Carlos Marín en: “a obediencia anticipada a ejercer un castigo cuando una autoridad nos lo demanda, donde el castigo en realidad encubre un enfrentamiento y aparece como un acto de justicia” (Ameglio, 2002, p. 129). Ampliar en Piaget, 1985, pp. 167-272; Martínez, 2012, pp. 109-118; Glover, 2013, pp. 448-561.



por tanto “...en cada orden seguida se renueva una antigua victoria (...) el poder del que manda crece incesantemente (...) El poder emite órdenes como una nube de flechas mágicas” (Canetti, 1983, p. 301). Canetti complementa muy bien la descripción del mecanismo de instalación del “egocentrismo” o “infantilismo social”, que opera en nosotros a través de una permanente emisión de órdenes que refuerzan la autoridad sacralizada, el respeto unilateral y la asimetría de poder necesaria.

La orden está también ligada al proceso de deshumanización: “Toda orden consiste en un *impulso* y un *aguijón* (...) Pero el aguijón se hunde hondo en el hombre que ha cumplido una orden y allí se queda, inalterable...todo hombre finalmente acumula un montón de aguijones (...) Puede llegar un momento en que alguien está tan colmado de aguijones que ya no tiene sensibilidad para ninguna otra cosa: fuera de ello ya no siente nada” (Canetti, 1983, pp. 302,318)¹⁷. Normalización que deshumaniza, por lo que justamente la desobediencia a ciertas órdenes debe practicarse como una *gimnasia diaria* que nos humaniza.

La orden, con el tiempo, se ha ido alejando de su origen biológico, de huida, y se ha ido utilizando en múltiples relaciones sociales, atravesando un proceso de “domesticación”, a partir de formas de “soborno”, “sumisión”, “recompensa” y “cautiverio voluntario” (Canetti, 1983, pp. 303-304) de quien tiene el mayor poder y da algo a cambio a quien ejecuta la orden. Por ello, en parte también en la obediencia a la autoridad hay una relación de conveniencia, de intereses recíprocos, de cautiverio voluntario.

El modelo más acabado y transparente de la obediencia a la autoridad y sus órdenes es el soldado: “el soldado en servicio actúa sólo por orden (...) el buen soldado está siempre en un estado de consciente *espera de órdenes*” (Canetti, 1983, p. 308). Es también, en otra gradación pero en una lógica similar, el modelo del “buen ciudadano”¹⁸, del “buen estudiante”, a veces incluso ¿del “buen hijo”?.

Para Canetti, “(La orden) es el elemento singular más peligroso en la convivencia de los hombres. Hay que tener el coraje de oponérsele” (1983, p. 329), porque al ser heterónoma, entonces, quita la responsabilidad a quien la ejecuta y se la traslada a una autoridad que generalmente es difusa¹⁹, y por la cual se activa otro gran operador de la reproducción de la inhumanidad: el “deber”.

17 En su investigación Milgram plantea que para un soldado en Vietnam: “Ya es tarea suficiente la de conseguir vivir cada día; no hay tiempo para plantearse problemas morales” (1980, p. 169). La intención es transformar a la persona en un estado “puro de agencia (...) (donde) los juicios morales se hallan en gran medida suspendidos” (1980, p. 146). Por diferentes razones, pero esta construcción del “soldado” y de “seres en estado agéntico”, se asemeja en algo al “musulmán” que Giorgio Agambén describe en *Homo Sacer*.

18 “...la construcción histórica de lo que se llama el ciudadano, y si buscáramos una mayor precisión diríamos: el soldado-ciudadano. Porque no hay que olvidarse de que antes de ser ciudadano hay que ser soldado” (Marín, 2009, p. 68).

19 Entre las causas de la obediencia, Milgram da una fundamental: “...considerarse como no responsable de sus acciones. Se libera de toda responsabilidad atribuyendo la iniciativa al experimentador” (1980, p. 20), a quien dio la orden.

Se activa así “...algo mucho más peligroso: la capacidad del hombre de dejar de lado su humanidad, más aún, la inevitabilidad de conducirse de esta manera cuando hace desaparecer su personalidad única en estructuras institucionales más amplias”. Se reemplaza al individuo en su autonomía “sin las trabas de la moralidad individual, libre de toda inhibición humana, atenta únicamente a las sanciones de la autoridad” (Milgram, 1980, p. 174).

En su estudio acerca de la “banalidad del mal”, Arendt (2003) afirma que “... él (Eichmann) cumplía con su deber: no sólo obedecía *órdenes*, sino también obedecía la *ley* (...) extraña noción muy difundida en Alemania, de que cumplir las leyes no significa únicamente obedecerlas, sino actuar como si uno fuera el autor de las leyes que obedece” (pp. 83-84). La filósofa demostró, a partir de un estudio minucioso del comportamiento de este alto jerarca nazi encargado de operar una gran parte del genocidio judío, que no era un sádico o enfermo mental, tampoco una “excepción inhumana de nuestra especie”, sino un simple burócrata que cumplía celosa y orgullosamente su deber a través de obedecer órdenes de una autoridad superior sacralizada, sin tomar en cuenta las consecuencias de sus actos; simplemente separaba la acción de sus efectos.

Para Milgram (1980):

...la concepción de Arendt sobre la *banalidad del mal* se halla mucho más cerca de la verdad de lo que pudiera uno atreverse a imaginar (...) las personas más corrientes (...) pueden convertirse en agentes de un proceso terriblemente destructivo (...) Un tanto por ciento muy grande de las personas hacen lo que se les dice que hagan, sin tener en cuenta el contenido de su acción, y sin trabas impuestas por su conciencia, siempre que perciban que la orden tiene su origen en una autoridad legítima. (pp. 19,175)²⁰.

Por tanto, la obediencia es el gran “obstáculo epistémico-moral” para construir una paz desobediente. Tomar conciencia de esa porción de inhumanidad que atraviesa parte de nuestra identidad y cuerpo, en que probablemente hemos sido contruidos por la normalización y violencia del orden social, a partir de “órdenes”, “deberes” y “obediencia *a priori* a la autoridad”, resulta entonces como un pre-requisito central.

La difícil empresa de desobedecer

Finalmente, *¿cómo realizar lo más difícil: la acción de “desobedecer” esas órdenes que nos deshumanizan a nosotros y a los otros, o sea, cómo enfrentar a la autoridad?*

Esto es algo que nadie –cerca a la autoridad, al disciplinamiento, a la reproducción del orden social– nos va a querer hacer observable ni compartir, porque nos colocaría en una forma de co-operación hacia la “igualación de poder”, el “respeto mutuo”, la “paz con justicia y dignidad” para todas y todos. El orden social no está contruido para que alguien –o algunos en movimientos o grupos– digan “¡No!” o “¡Ya Basta!” a una orden inhumana de la autoridad, y lleven esta “objeción de conciencia” al grado de la desobediencia a esa orden.

²⁰ Moore analiza este aspecto comparando los experimentos de Milgram y Asch (1989, pp. 97-114).



Nuestra experiencia concuerda bien con lo que afirman Marín (2014), acerca de que “Una de las cosas más difíciles para una persona es desobedecer a la autoridad, porque desde que nace se le va instalando, forma parte de su anatomía corporal. Basta que alguien que posee algún tipo de autoridad nos mire, para que sobre nuestros cuerpos se ejerza el mandato de su autoridad” (p. 38). Y complementa Milgram (1980):

La desobediencia es el último de los medios por el que se pone término a una tensión. Es un acto que nada de fácil tiene (...) carácter totalmente desconocido de la relación que le espera tras la ruptura. Para no pocos sujetos se da una cierta aprensión de lo que va a resultar de la desobediencia (...) El precio de la desobediencia es un sentimiento que nos roe, de que no hemos sido fieles. Aun cuando haya uno escogido la acción moralmente correcta, permanece el sujeto aturdido ante el quebrantamiento del orden social que ha causado...Es él, no el sujeto obediente, quien experimenta la carga de su acción. (pp. 152-153).

Es cierto también que en muchas situaciones históricas inhumanas “...se levantaron voces morales contra las acciones concretas, pero la respuesta más corriente del hombre de la calle fue la de someterse a las órdenes” (Milgram, 1980, p. 167).

La desobediencia es entonces una de las acciones humanas más difíciles de realizar porque nos enfrenta a todo el orden social, a nuestra propia identidad pasada y presente, a una autoridad sacralizada. Es, por tanto, un punto de llegada no de partida –como en toda acción social–, debe así ser vista como un proceso de construcción y no teniendo como principal observable solo su “periférico” (acción final), para no correr el riesgo de enfrentar de inicio un objetivo inalcanzable y que llevará inevitablemente a la frustración o el desánimo, lo que hemos visto reiteradamente.

El primer elemento de este proceso a construir –en cada uno y colectivamente– intelectual, epistémica y moralmente es una “tensión” (alguna orden que no está completamente asimilada a la propia identidad epistémica y moral), una “ruptura”, una “incomodidad” o una “desadaptación”²¹. La construcción de esta tensión o ruptura imprescindibles para realizar acciones con formas de desobediencia autónoma, la hemos intentado reflexionar –desde experiencias muy concretas– en la primera parte de este artículo, a partir del enfoque epistémico –que consideramos la parte central– planteando los observables teóricos de: el principio de realidad empírico objetivable; la toma de conciencia que observa procesos y nuevas conceptualizaciones; la infantilización social en la lógica del pensamiento egocéntrico y no de co-operación entre iguales; la construcción de lo inhumano y la indignación moral; la obediencia a priori a la autoridad y a toda orden de castigo que emita.

21 Para Piaget “...serían los factores de desadaptación los que ocasionarían la toma de conciencia (...) lo que desencadena la toma de conciencia es (...) el hecho de que las regulaciones automáticas (...) no bastan ya (...) e importa entonces buscar nuevos medios para un reglaje más activo” (1976, p. 255). Para Marín la “incomodidad” es algo del conocimiento anterior que no concuerda con la nueva acción que se nos pide.



Avancemos ahora en la reflexión del paso de la tensión hacia la desobediencia, que sería la acción final de la paz desobediente. De inicio, hay que tomar en cuenta que

La tensión, conduce, si es lo suficientemente poderosa, a la desobediencia. Pero en un principio provoca una falta de acuerdo (...) Muchos individuos que disienten, capaces de expresar su falta de acuerdo con la autoridad, siguen respetando el derecho de la autoridad a estar por encima de la opinión que ellos han expresado. (Milgram, 1980, p 151).

Como decíamos antes, puedo tener ya el conocimiento de una orden inhumana pero no necesariamente la reflexión o el principio de realidad que siguen me lleven a la acción de enfrentarla. Muy importante. Una tensión o ruptura no llevan mecánicamente a desobedecer esa orden, para hacerlo es necesaria otra *vuelta de tuerca* –toma de conciencia epistémica y moral– en la persona o en el colectivo.

Milgram intenta describir y analizar, a partir de su experimento, el paso de la tensión a la desobediencia como acción. A partir de la construcción de esa tensión, se desata un proceso donde la secuencia del desobedecer inicia por la “duda interna” (fruto de la tensión), que empieza como algo privado pero que pasa rápido a ser algo “externo” al socializarlo o compartirlo con el otro de quien se duda su orden o legitimidad. Si el otro no asiente y corrige algo, entonces la relación pasa a ser de “disensión”, y se va dando “un movimiento gradual hacia una ruptura”. Si no hay acuerdo, entonces la disensión se transformará en “amenaza”, donde el sujeto se negará a ejecutar la orden. “Finalmente, el sujeto, tras haber agotado todos los demás medios, llega a la conclusión de que tiene que ir a las raíces mismas de su relación (...) (y) desobedece” (1980, pp. 152-153).

“Duda interna (fruto de la tensión o ruptura), externalización de la duda, disensión, amenaza, desobediencia: camino difícil que sólo una minoría es capaz de seguir hasta su conclusión...nadar deliberado contracorriente... el costo síquico de la misma es considerable” (Milgram, 1980, p. 153). Entonces, el proceso epistémico de construcción de una paz desobediente y sujetos que la accionen, pasa por la construcción de tensiones, rupturas, que vayan pasando a estas etapas individuales y sociales hasta llegar a la desobediencia, pero a partir de aumentar el conocimiento de lo inhumano del orden social, de la toma de conciencia y una mayor autonomía, y no a partir de emitir otras “órdenes”, aunque sean de contenido más humanizante y justiciero, pero que en su lógica del pensamiento siguen siendo heterónomas e “infantilizantes”.

Por tanto, el desobedecer está íntimamente ligado al “resistir”, activa o pasivamente, individual o civilmente. Es una resistencia contra las órdenes inhumanas, contra la heteronomía que busca anular nuestra autonomía. Para Canetti: “El hombre ‘libre’ es solamente aquel que ha aprendido a eludir órdenes, y no aquel que sólo después se libera (pasando la flecha-aguijón a otro)” (1983, pp. 304,302). La desobediencia está ligada entonces a la libertad, a la autonomía, a la humanización.



¿Cómo “eludir” órdenes y liberarse?

En el tirador de la flecha-la orden, “Siempre hay algo así como la percepción de un contragolpe; lo que se ha hecho se le estampa también a uno mismo, no sólo a la víctima. Muchos contragolpes se acumulan y dan *miedo...miedo de mando...* peligro en el que se estaría si los muchos amenazados de muerte se unieran contra uno” (Canetti, 1983, p. 305).

Una de las claves está en la masa, que se une para en enfrentar y resistir a la autoridad, como veremos más adelante. La orden a la masa se pierde en la generalidad abstracta,

Pues hay una liberación de todos los agujones, incluso los más monstruosos, pero esta liberación está en la masa (...) La masa de inversión está formada por muchos para liberarse en común de agujones-órdenes (...) Un gran número de hombres se une y se vuelve contra otro grupo, en el que ven a los causantes de todas las órdenes que han soportado durante tanto tiempo. (Canetti, 1983, p. 325).

Respecto a estos procesos masivos de desobediencia y resistencia, Canetti y Arendt, me parece, son bastante más optimistas que lo que la realidad nos ha enseñado, al menos en el corto plazo, al afirmar que: “El proceso general de una liberación de agujones, una vez iniciado prosigue incontinentemente” (Canetti, 1983, p. 326) y que “Donde las órdenes no son ya obedecidas, los medios de violencia ya no tienen ninguna utilidad” (Arendt, 2005, p. 67).

La paz desobediente en acción

Pasando ahora al plano social, nos queda preguntarnos acerca de *¿cómo construir acciones de lucha social para esta “paz desobediente”?*

Como afirmábamos anteriormente respecto al principio de realidad empírico, la experiencia nos ha enseñado que dentro de la reflexión estratégica de una lucha social, es central contar con algún tipo de medición y categorización no sólo de las propias formas de acción (táctica) sino con igual rigor de las del adversario(s) –que también lucha plenamente–, pues, en diferentes formas y campos, debe plantearse algún tipo de proporcionalidad en la escala de las acciones²² entre ambas dinámicas de lucha –por supuesto, considerando las propias fuerzas y recursos–, si no, no habrá posibilidades reales de avanzar en las propias reivindicaciones, corriendo el riesgo incluso de caer en algún tipo de simulación o autoengaño.

Aquí resulta importante no sólo centrar la mirada en el “periférico” de la acción que sería su punto de llegada, sino en las diversas variables que la componen:

22 “La *resistencia civil* es un método de lucha política colectiva basada en la idea básica de que los gobiernos dependen en último término de la colaboración, o por lo menos de la obediencia de la mayoría de la población” (Randle, 1998, p. 25). Algunas tipologías de acciones de resistencia civil pueden hallarse en Randle (1998, pp. 25-32); Sharp, 1986; y Ameglio, 2002, pp. 117-180.



tiempo, espacio, actores, contexto, que pueden otorgarle una mayor o menor intensidad más allá de la acción misma. Por ejemplo, ciertas acciones realizadas por cuerpos con un determinado “poder social” o “fuerza moral” –la puede otorgar también su grado de indignación, determinación o la causa–, aunque en sí mismas no sean acciones que vayan “más allá de la ley o de la cooperación”, pueden confrontar muy fuerte al poder, ya que pueden “desnudar públicamente la verdad”, como diría Gandhi, y eso crea una ruptura moral pública en la legitimidad del poder. Otro elemento central en esta construcción de acciones hacia una paz desobediente, es el lugar de la acción, el cual radicaliza la acción en cuanto señale con más precisión el sitio en que se identifique mejor dónde reside el poder: no es lo mismo una marcha al zócalo que a un cuartel militar, aunque ambas sean “marchas” –como tipo de acción– y cuenten exactamente con las mismas personas.

En este sentido y relación proporcional entre acciones, en la actual situación mexicana atravesada por hechos sociales de guerra, no pueden dejar de impulsarse acciones de no-cooperación y desobediencia civil. La primera está enmarcada en lo legal, pero se basa en “retirar toda forma de co-operación” económica, política o social con que mi cuerpo o recursos materiales ayuden en la reproducción de esa injusticia a la persona, actividad, institución, régimen o país con el cual se está en conflicto. Se parte del hecho que el adversario se mantiene en su poder por algún tipo de consentimiento de uno mismo –explícito o no–. La no-cooperación se mantiene dentro de los cauces de la legalidad, pero se retiran las formas usuales de cooperación; o sea, desde una mirada de la epistemología de la resistencia civil noviolenta, se deja de “operar a favor” de las fuentes que reproducen o legitiman una injusticia. Se parte del principio y una toma de conciencia sobre cómo el propio cuerpo, recursos materiales e identidad social son la base del “consentimiento” (explícito, silencioso o no) por el cual el adversario se sostiene en el poder (Sharp, 1986, pp. 72, 101-102, 162).

Gandhi impulsó continuamente esta forma de vida y de lucha, su acción más conocida es el boicot a la ropa inglesa (incluso quemándola en grandes hogueras de plazas públicas) en paralelo a la promoción del hilado (*khadi*), a mano como símbolo de la lucha hindú por su autonomía y autogobierno (*swaraj*), pero también pedía a los hindúes que rechazaran trabajar para el gobierno británico, devolver sus títulos y reconocimientos de cualquier tipo, rehusarse a servir en la policía o el ejército. Su “ecuación de la resistencia activa o *satyagraha*” era: “¿Cómo es posible que 100 mil ingleses controlen a 300 millones de hindúes? (...) no nos quitaron la India, nosotros se las dimos. El control depende de la colaboración hindú, no del control británico”. Y agregaba: “Si todos se negaran a cooperar, los ingleses no tendrían nada que hacer en la India”. Por eso, su estrategia de mayor confrontación de fondo era: “hay que dejar de hacer lo que los ingleses quieren que hagamos” (Ackerman y Duvall, 2000, pp. 61-112; York, 2000).

La desobediencia civil, a su vez, es uno de los mayores instrumentos del avance de la especie humana, sin ella estaríamos aun en la “edad de piedra moral”, sí se propone violar en forma abierta y pública una ley considerada ilegítima e inhumana. Por tanto, la desobediencia civil no es una acción “destruktiva” y de “caos social”, sino al contrario es profundamente “creativa” y “ordenadora” en lo humano.



Para Gandhi, quien fue un importante sistematizador y actor contemporáneo de la conceptualización y práctica de la desobediencia civil –podía ser individual o colectiva, ofensiva o defensiva–, esta “...es un estímulo para los combatientes y un desafío para el adversario. Debería ser claro que la desobediencia civil en los términos de la Independencia, sin la cooperación de las masas por medio de un esfuerzo constructivo, es pura y simple bravuconada y peor que inútil” (Ameglio, 2002, p. 328).

En cuanto a su contenido, sostenía que era “...la violación civil de leyes morales opresivas (...) se obedece a las leyes por la conciencia, no por temor a las sanciones (...) es un derecho inalienable de cada ciudadano. Renunciar a él significa dejar de ser hombres” (Ameglio, 2002, p. 155).

Ambos tipos de acción, centrales para la construcción de una “paz desobediente”, implican una profundización acerca de la relación entre legalidad y legitimidad, o como diría Gandhi: ¿qué viene antes: la ley o la conciencia?²³ Para enfrentar este dilema epistémico y moral, resulta fundamental conocer los procesos históricos constitutivos del ordenamiento legal, y cómo los sectores dominantes han pugnado siempre por reforzar socialmente el “carácter sagrado” (Ameglio, 2018) de la ley, ocultando los procesos de su construcción, que en muchos casos son la “victoria de unos sobre otros”, y más aun de su aplicación que muchas veces representa un “brazo (in)directamente armado” de quien detenta el poder.

La relación de las personas con la ley-reglamentos-instituciones es de los temas más complejos a enfrentar en la construcción de una desobediencia debida a las órdenes inhumanas, porque constituye un gran “obstáculo epistémico” – con posterior reflejo en la identidad moral–. El orden social, como decíamos en la caracterización del “infantilismo social”, construye como un pilar para la “obediencia a la autoridad” la sacralidad, atemporalidad, de la ley y lo que de ella emane, por lo que tomar conciencia de ello, enfrentarlo y desobedecerlo es una “ruptura” muy fuerte individual o colectivamente. De ahí que la construcción de acciones de desobediencia civil es un punto de llegada y nunca de partida, ya que se necesita construir antes estas reflexiones epistémicas de ruptura con el estadio egocéntrico para pasar al de la cooperación, donde la ley es fruto del consenso entre iguales, así como su aplicación. En muchas ocasiones históricas, la desobediencia civil (y también la no-cooperación) –principales acciones radicales de la lucha de resistencia civil noviolenta– ha perdido efectividad y hasta ha caído en una imagen pública de simple provocación violenta, por no haber sido preparados sus actores y la opinión pública en la reflexión de una co-operación desacralizante acerca de la ley. Saltarse este obstáculo epistémico masivo, ha sido entonces causa central de no haber podido avanzar en la magnitud de acciones necesarias para construir una paz desobediente que pueda detener en algo la guerra en México.

23 Thoreau (1997) es muy claro al respecto: “La única obligación que tengo derecho a asumir es la de hacer en todo momento lo que considero propio” y agrega: “Así, bajo el nombre del orden y del gobierno civil, se nos hace rendir homenaje, al fin, a nuestra propia ruindad; y a sostenerla incluso” (pp. 25, 31).



Como parte también –creemos– de este tipo de paz, en las décadas recientes, desde otra cultura no gandhiana, han sido importantes, en cuanto a la búsqueda de actualizaciones acerca del significado y práctica de la desobediencia civil frente al neoliberalismo, los llamados “movimientos desobedientes” o “globalifóbicos” iniciados, en parte, con el levantamiento zapatista en Chiapas el 1° de enero de 1994. Zapatismo que ha ido construyendo una experiencia humana de orden social que busca no regirse por los principios capitalistas, en lo que ellos llaman “autonomía”, donde la base de todas las decisiones de “Buen Gobierno” es el consenso y co-operación comunitarios a partir del “mandar obedeciendo” (Discurso del Subcomandante Marcos, 1994; 7 principios del Mandar Obedeciendo (2016).

Los movimientos nacidos en Seattle para enfrentar a la OMC (29 noviembre-3 diciembre de 1999), postulaban la “desobediencia activa” conjuntando la “acción directa y la desobediencia civil”, como contrapoder contra los poderes económicos dominantes. En estas acciones se buscaba realizar “...desafíos públicos destinados a mostrar el apoyo social creciente a la rebeldía y la justicia de su causa (...) romper el halo de naturalidad que rodea el orden existente, sus instituciones y resultados” (Iglesias, 2011, pp. 16, 247)²⁴.

No-cooperación y desobediencia civil en México hoy

Nos parece importante concluir con un par de ejemplificaciones poderosas de luchas sociales actuales en México –que hemos acompañado–, en el terreno de la paz desobediente, para no reproducir en el artículo solo un empirismo lógico que hemos criticado. Este es nuestro principio de realidad más actual, y las experiencias de tres décadas el contexto total de la reflexión, que es teórica y práctica a la vez. Destacaré así dos ejemplos de no-cooperación en el sentido de desobedecer órdenes inhumanas, que creo nos muestran el camino para detener esta guerra que nos atraviesa y construir una paz desobediente.

El primer caso es el de 3.360 maestras y maestros de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), con plaza de base y residentes en 28 estados del país, que no se presentaron en 2015 a su Examen de Evaluación ni a su Prueba de Reposición, en clara “objeción de conciencia” contra la mal llamada “Reforma Educativa”, impulsada violentamente por el gobierno, siendo por ello despedidos el 1° de marzo de 2016. Esta acción represiva gubernamental fue un castigo totalmente desproporcional y sin relación directa con la falta cometida, a lo que el magisterio disidente convocó a un “paro nacional” del 15 de mayo al 19 de septiembre del 2016. La objeción de conciencia, el boicot y el paro son acciones históricamente características de la no-cooperación. Particularmente, la “objeción de conciencia” es un tipo de acción que se origina en la reflexión acerca de una injusticia y la posterior construcción pública de una “frontera moral” que no se está dispuesto a *dejar correr o pasar*. Se trata de una virtud central de la educación y epistemología de la paz: decir “¡Ya basta!” y ser capaz de construir una acción que haga abiertamente observable esa desobediencia.

²⁴ Ampliar en Negri, 2006, pp. 40-82 y Rabinovich et al., 2011.



Una segunda acción de no-cooperación ejemplar en México, han sido las “Brigadas Nacionales de Búsqueda de Personas Desaparecidas”²⁵ en fosas clandestinas desde el 2016, organizadas por sus familiares en todo el norte, Morelos, Veracruz, Sinaloa, Coahuila, Tamaulipas... Después de años de lucha formal y legal, las organizaciones de familiares y sus aliados, decidieron “hacerse cargo ellos y ellas mismos”, sin esperar que las autoridades –en muchos casos con algún grado de responsabilidad en el hecho inhumano– les den el apoyo que nunca llega. Decidieron ejercer “su poder”, como diría Gandhi, y como dijo el comandante zapatista David en Oventic en la creación de las Juntas de Buen Gobierno: “sin pedir permiso” (agosto 2003). Se trata de una forma muy importante de “no-cooperación autónoma”.

En cuanto a las acciones de desobediencia civil en México, nos parece que los “bloqueos carreteros” realizados por el magisterio disidente –entre mayo y septiembre del 2016– expresaron una forma de lucha indispensable ante el nivel de violencia oficial contra ellos²⁶. Particularmente permitieron a la sociedad civil y al Gobierno medir el nivel masivo de apoyo que tuvo su lucha en las comunidades –sobre todo rurales del sureste–, a partir de la solidaridad de las madres, padres y estudiantes. Esa fuerza moral precisamente “metió su cuerpo” en las carreteras y expresó así su radicalidad, indignación y determinación moral.

Otra forma de desobediencia civil actual muy importante en México, la constituye toda la “dualidad de poder” o el “poder paralelo” (Sharp, 1986, pp. 281-290) ejercidos abiertamente en las comunidades zapatistas desde el 2003, en los campos del “buen gobierno”, de la salud, de la educación, de la producción. Se trata de una de las formas más radicales. Esta forma de acción se ha seguido en algunas otras comunidades, sobre todo indígenas y campesinas del sur, particularmente en temas relacionados con su seguridad pública y las guardias o policías comunitarias que se han creado (Horta y Aburto, 2016; Fernández, 2014).

El desafío en la resistencia civil noviolenta para construir una verdadera paz desobediente, tiene que ver con: *¿cómo activar la espiral de la resistencia civil noviolenta sin aumentar la espiral de la violencia?*

Una importante “arma noviolenta” es la “reserva moral” (Ameglio, 2011; Ameglio, 2016) con que cuenta una sociedad, misma que es la encargada de delimitar socialmente una “frontera moral”²⁷. Esta reserva moral social puede

25 Complementadas también en 2017 (12-22 de mayo) por una Caravana Internacional de Búsqueda en Vida de Personas Desaparecidas.

26 Masacre de Nochixtlán, maestros asesinados en manifestaciones, encarcelamiento de líderes, despidos...

27 La construcción de “fronteras” –epistémicas y morales–, algo dinámico, colectivo e individual, y en permanente evolución según el nuevo conocimiento y reflexión adquiridos, es fundamental para definir la propia identidad y los “grados de obediencia” y “desobediencia” que se está dispuestos a enfrentar. En la formación para la paz (educación, cultura, construcción) es una de las tareas más complejas de instalar, en uno mismo y en los otros. Están en relación directa con el grado de conocimiento disponible acerca de la inhumanidad –normalización de la violencia– del orden social. Ampliar en Ameglio, 2002, pp. 197-210.



estar constituida por identidades sociales muy diferentes –incluso hasta contrapuestas– que se movilizan en determinadas situaciones históricas donde consideran que, en algún sentido, se ha traspasado socialmente el límite de alguna frontera moral de ese orden social. Este “corrimiento de la frontera moral” ante situaciones de particular inhumanidad que no se está dispuesto a normalizar, ha hecho que históricamente, en muchas sociedades, salgan grandes masas a la calle, o personas cuyos cuerpos e identidades (líderes universitarios, religiosos, campesinos, obreros, indígenas, intelectuales, artistas...) concentran gran “poder social” para presionar a la autoridad o al resto de la población, a manifestar su “indignación moral y material” a través de un “¡Ya basta!” (1 de enero de 1994), de un “¡Estamos hasta la madre!” (13 de abril de 2011), de un “#Yo soy 132” (11 de mayo de 2012), de un “¡Fue el Estado!” (septiembre de 2014) o de un “¡Alto al gasolinazo!” (enero de 2017). Estos cinco han sido gritos masivos de indignación moral y material de la sociedad mexicana en los últimos tiempos, ante situaciones de alta inhumanidad como la condición indígena en Chiapas, las víctimas de la guerra de exterminio, la falta de democracia, los 43 estudiantes normalistas desaparecidos en una “acción genocida” en Iguala la noche entre el 26 y 17 de septiembre del 2014, y el aumento de la gasolina. Desencadenaron un conjunto importante y radicalizado, desde la noviolencia, de acciones y crearon condiciones para la construcción de una paz desobediente.

Por otro lado, también es cierto que algo que explica –en parte– cómo ha crecido la espiral de la guerra y violencia social en México durante la última década es que ante otros hechos sociales de brutal inhumanidad que, a nuestro entender, hicieron “correr la frontera moral” hacia un aumento de la normalización de la barbarie y la impunidad, parte importante de la reserva moral nacional no salió con sus cuerpos a la calle en acciones noviolentas (no-cooperación y desobediencia civil) proporcionales al nivel de la violencia. Estas acciones deberían tener una característica importante de la paz desobediente y la noviolencia que podría llamarse como “firmeza permanente” (Barbé, 1977): “No nos moveremos de aquí hasta que haya verdad, justicia y reparación”. O sea, “meter el cuerpo en la calle con una temporalidad indeterminada”, lo que las constituiría a estos sujetos sociales en una poderosa “arma moral”²⁸.

Mencionaré solo los hechos que considero de “excepcional inhumanidad”, y que no debieron “dejarse pasar” sin consecuencias radicales (verdad, justicia, reparación, renuncias, cárcel...) ante el poder y sus representantes: masacre de 49 niños y niñas de la Guardería ABC en Hermosillo (Sonora) el 5 de junio del 2010; masacre de 16 jóvenes en una fiesta de Villas de Salvárcar (Cd. Juárez, Chihuahua) el 31 de enero del 2010; masacre de 72 migrantes en San Fernando (Tamaulipas) el 22 de agosto del 2010; masacre de 52 personas en el Casino Royale (Monterrey) el 26 de agosto del 2011; ejecución de 22 personas en Tlatlaya (Edomex) el 30 de junio del 2014 por fuerzas gubernamentales;

28 “La manera de meter un cuerpo ‘con todo’ es que sea un cuerpo *pensante* (...) entonces evidentemente la fuerza de ese cuerpo se multiplica, porque cada porción se va a orientar de acuerdo al ámbito que la reflexión establezca; va a ser tremendamente consistente: el momento de la reflexión y la acción van a coincidir (...) Todo funciona. Eso es un *arma moral*” (Marín, 1995, p.26).

desaparición de 43 estudiantes de la Normal Rural de Ayotzinapa en Iguala el 26-27 de septiembre del 2014. Por supuesto, que tristemente la lista de inhumanidades en México, en la última década, es muy alta, pero quisimos colocar estas como representativas de niveles y cantidades que una sociedad no puede normalizar en la impunidad sin que existan cambios en la esfera del poder, la verdad, la justicia y la reparación.

Así, observamos cómo, además de la epistemología de la desobediencia que compartimos al inicio, también las concepciones y construcción –individual y colectiva– de fuerza, reserva, frontera, ruptura y arma moral son centrales para la construcción, reflexión y acción de una paz desobediente, desde la resistencia civil no violenta. La tarea es milenaria, como la humanización de la especie, pero también hay múltiples coyunturas de corto y mediano plazo desde donde irla construyendo. En eso estamos muchos y muchas más de los que pensamos, y ojalá cada vez más *pensando en voz alta* juntos y juntas. Es nuestra esperanza que parte de un principio de realidad, humilde pero real.

Referencias

- Ackerman, P., y Duvall, J. (2000). *A Force more Powerful. A Century of Non violent Conflict*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Ameglio, P. (2002). *Gandhi y la desobediencia civil*. México hoy. México: Plaza y Valdés
- Ameglio, P. (2011), La reserva moral mexicana sale a la calle. *El Periódico de México*. Recuperado de <http://elperiodicodemexico.com/nota.php?id=472627>.
- Ameglio, P. (2016). ¿Cómo construir la paz y reflexionar sobre ella en medio de la guerra en México? En J. Sicilia y E. Vázquez (eds.). *El Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad*. México: Ediciones Era.
- Ameglio, P. (2018). México: la Ley como arma del poder y la guerra. *Desinformémonos*. Recuperado el 9 de febrero de 2018 de <https://desinformemonos.org/mexico-la-ley-arma-del-poder-la-guerra/>.
- Ameglio, P., y Ramírez, T. (eds.). (2016), *¿Cómo construir la paz en el México actual? Textos, autores y preguntas sobre construcción, educación y cultura para la paz*. México: Plaza y Valdés.
- Antón, G. et al. (2010), *El cuerpo, territorio del poder*. Buenos Aires: Ediciones Picaso.
- Arendt, H. (2005), *Sobre la violencia*. Madrid: Alianza Editoriaa.
- Arendt, H. (2003), *Eichmann en Jerusalén. Un estudio acerca de la banalidad del mal*. Barcelona: Ediciones Lumen.



- Barbé, D. (1977), *A Firmeza-Permanente. A Forca da Nao-Violencia*. Sao Paulo: Editorial Loyola-Vega.
- Bleichmar, S. (1995), *Pensar en voz alta*. Buenos Aires: Ediciones Picaso.
- Canetti, E. (1983), *Masa y poder*. Madrid: Alianza Editorial.
- Discurso del Subcomandante Marcos “Mandar obedeciendo”. (26 de febrero de 1994). Recuperado de https://es.wikisource.org/wiki/Discurso_del_Subcomandante_Marcos_%22Mandar_obedeciendo%22.
- Equipo Bourbaki. (2011). *El costo humano de la guerra por la construcción del monopolio del narcotráfico en México (2008-2009)*. Recuperado de <http://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/cuadernosdemarte/article/view/2043/1744>.
- Fernández, P. (2014). *Justicia Autónoma Zapatista. Zona Selva Tzeltal*. México: Ediciones Autónomas
- Foucault, M. (1976). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI Editores.
- Fracchia, M. (2018). Propuesta de un enfoque basado en aportes socio-psicogenéticos para la formación en investigación-intervención sobre la relación entre violencia escolar y violencia social. En G. Velázquez (ed.). *El paradigma de la complejidad y la investigación de los problemas sociales, educativos y culturales del siglo XXI*. México: Universidad Pedagógica Nacional.
- Fracchia, M. (2014). Prólogo. Juan Carlos ‘Lito’ Marín y la desobediencia debida a toda orden de inhumanidad. En J. C. Marín. (2014). *Conocimiento y desobediencia a toda orden inhumana*. Cuernavaca: Universidad Autónoma del estado de Morelos.
- Fromm, E. (2006), *El miedo a la libertad*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Gandhi, M. (1985), *En lo que yo creo*. México: Dante.
- Gobierno de México. (2012). Plan Nacional de Desarrollo 2013-2018. México. Recuperado de http://www.snieg.mx/contenidos/espanol/normatividad/MarcoJuridico/PND_2013-2018.pdf
- Hessel, S. (2010). ¡Indignate! Recuperado de <http://www.eldamoneo.com/indignate.pdf>.
- Horta, J., y Aburto, S. (2016). CRAC-PC. *El origen de la policía comunitaria. Montaña y Costa Chica de Guerrero*. México. Secretaría de Cultura del Estado de Guerrero.
- Iglesias, P. (2011). *Desobedientes. De Chiapas a Madrid*. Madrid: Editorial Popular.
- Laski, H. (2011). *Los peligros de la obediencia*. Madrid: Ediciones Sequitur.
- Lederach, J. (1986). *Educar para la Paz*. Barcelona: Fontamara.
- Marín, J. (1995). *Conversaciones sobre el poder*. (Una experiencia colectiva). Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.



- Marín, J. (2009). *Cuaderno 8. Leyendo a Clausewitz*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Marín, J. (2014). *Conocimiento y desobediencia a toda orden inhumana*. Cuernavaca: Universidad Autónoma del estado de Morelos.
- Martínez, C. (2012). *De nuevo la vida. El poder de la noviolencia y las transformaciones culturales*. Bogotá: UNIMINUTO.
- Milgram, S. (1980). *Obediencia a la autoridad. Un punto de vista experimental*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Moore, B. (1989), *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*. México: UNAM.
- Negri, A. (2006), *Goodbye Mr. Socialism*. Milán: Feltrinelli.
- Piaget, J. (1976), *La toma de conciencia*. Madrid: Ediciones Morata.
- Piaget, J. (1985), *El criterio moral en el niño*. México: Roca Ediciones.
- Rabinovich, E. et al. (eds.) (2011). *Vamos a portarnos mal. (Protesta social y libertad de expresión en América Latina)*. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina.
- Randle, M. (1998), *Resistencia Civil*. Barcelona: Paidós.
- Sharp, G. (1986). *Politica dell'Azione Nonviolenta. 2-Le tecniche*. Turín: Edizioni Gruppo Abele.
- Thoreau, H. (1997), *Del deber de la Desobediencia Civil*. Buenos Aires.: Dissur Ediciones.
- York, S. (2000). A Force more Powerful. Marcha de la Sal. Video en línea disponible en 7 principios del Mandar Obedeciendo. (28 de noviembre de 2016). *Huizache*. Recuperado de <http://www.huizache.org/tags/congreso-nacional-indigena>.

